



## CAPÍTULO V

### DECLARACIÓN DE GUERRA

— No tiene remedio — decía con furor Agripina, retirada en su cubículo tras la prueba recibida del disfavor en que iba cayendo por las ambiciosas impacencias de su hijo.

— Piénsalo bien — le observó con profunda calma Vitelio, muy avezado á burlar los escollos en aquella corte de verdaderos criminales, llena por doquier de peligrosos bajíos.

— Ya lo tengo pensado — respondió Agripina.

— Pues vuélvelo á consultar con tu conciencia, si quieres en bien salir de tal empeño.

— Mi conciencia, mi corazón, mi entendimiento, mi memoria, mi fantasía, mi voluntad, todas mis facultades hanme dicho lo que hacer debo, y se hará.

— ¿Qué? Dímelo en resumidas cuentas con toda lisura.

— Pues reponer á Británico en el trono de donde lo tengo yo echado, reponerlo.

Y Agripina, diciendo esto, cerraba los ojos, como si surgiesen á su presencia los males contenidos en aquella resolución y no quisiera verlos.

— Conspiración artera contra Mesalina, conspiración doble contra Claudio, conspiración franca contra Británico por tu hijo,

conspiración nueva contra tu hijo por Británico, parecenme demasiadas conspiraciones para no dejar la piel toda en alguna.

— Yo nací en campo de batalla y moriré batallando.

— Pero hasta aquí á tus batallas ha seguido siempre la victoria; de aquí en adelante mi lealtad me aconseja decirte que no tendrás tal seguridad.

— Impórtame poco. Lo grave del peligro aumenta lo intenso del propósito en mí. No pudiendo colocarme yo en el trono, colocaré al mismo á quien yo he despojado, y le daré á la justicia y á la venganza de un solo golpe una satisfacción merecida.

— No te olvides nunca de que, luchando con tu hijo, luchas con algo semejante á ti en fuerza y en habilidad, no robadas, hereditarias, y necesitas de más precauciones para preservarte del enemigo, como necesitas de mayores y más amplios esfuerzos para conseguir el triunfo.

— Lo tengo todo en cuenta y no me faltará ninguna de mis facultades, como jamás en esta vida me ha faltado.

— Los dioses todos te tengan de su mano.

— Me tendrán. He rendido á los del Olimpo y he comprado á los del Averno.

— Así sea.

— Que llamen á Británico.

— Mira, piénsalo mucho. Es más fácil darle la muerte que la victoria.

— Llámalo. He dicho.

A una orden de Agripina todo se rendía y no hubo más remedio que llamar á Británico. Entró éste á los pocos minutos de llamado, con recelo connatural á quien ha sufrido tanta desgracia y teme tanto daño. Así parecía pobre ratoncito ante grande gata ó mísero y desarmado reo ante la cuchilla del verdugo.

— Acércate — le dijo Agripina con dulzura mientras él temblaba con espasmos.

— Emperatriz..... — murmuró maquinalmente por decir algo.

— Constituido ya en su imperio Nerón y secundado por cuantas fuerzas pudieran serle hostiles, acércase la hora de un desarme del furor con que lo hemos defendido hasta hoy y de un reintegro del personal de esta familia cesárea en sus respectivas dignidades.

— No entiendo, no entiendo, no entiendo — dijo varias veces el cuitado á quien acariciaba con los ojos Agripina como cuando quería ella seducir y someter y cautivar á cualquiera.

— Pues ya entenderás cuando te diga que no puedo consentir dure más tiempo la condición tuya en esta casa de tu padre y de tus abuelos, donde has de levantarte junto al dintel del trono y has de gozar cuantas prerrogativas van anejas al poder imperial juntamente con el emperador. No quiero que seáis Rómulo y Remo; quiero que seáis Cástor y Pólux.

— Sea. Si en esto favorable tu voluntad se cumple, como en lo adverso y contrario se cumpliera, por coemperador me tengo.

— Hete dicho — respondió Agripina, deseosa de pretextar algún motivo para su cambio — que mientras vacilaba el poder de Nerón había que defenderlo contra todos; pero, afirmado ya por mi esfuerzo, hay que constreñirle á compartirlo con todos aquellos designados á tal compartición por su dignidad y por su cuna.

— Mucho te agradezco cuanto me dices, Agripina, y en mí hallarás la disposición indispensable á secundarte y obedecerte y servirme como deseas tú y pueda yo.

— Es necesario que salgas por las calles en la propia litera de Nerón, que te sientes en las curias á su lado, que ocupes en los festines un sitio tan eminente como el suyo, que tu efigie se ponga junto á su efigie en las monedas, que tu anillo se estampe al par de su anillo en los rescriptos, que seáis gemelos por el mutuo fraternal afecto, siendo como sois ambos hijos de Claudio, por la naturaleza tú, Británico, y por la ley él, Nerón.

— Mándame á mí como quieras y haz de mí lo que quieras. He luchado mucho tiempo con el destino y he creído vencer al destino muchas veces. Ahora, viendo que todo contra mí se vuelve, cansado de luchar y reluchar, heme arrojado á la corriente y decidido dejarme llevar por ella doquier guste llevarme. Que me arrastre á su sabor donde quiera. Por de pronto parece á lugar apacible y tranquilo. No seré yo quien se queje. Si luego me lleva en sus ondas á una tormentosa corriente, vaya en gracia. No seré yo quien lo extrañe. Juguete del destino, creí fácil que un día fuera yo quien jugase con el destino; me han mostrado los hechos tal impasibilidad, hágase lo que quiera él y como él lo quiera. Me

llamas para favorecerme. Sea en buen hora. Lo único que á decirte acierto es como venía dispuesto á que, si me hubieras llamado para matarme, me matases como á un carnero. Sorpréndeme con gracias y favores. Aunque me maravillen mucho, ni quiero saber su causa, ni su duración menos. Haced Nerón y tú de Británico todo cuanto queráis.

— No te llamé para que muestres esa conformidad estúpida, contradictoria con tu naturaleza combatiente, y excepcional sin duda por haber hecho tú á la continua lo radicalmente opuesto á eso dicho ahora, sin duda para resistirte á mis favores como te has resistido á mis persecuciones, y en todo contrariarme.

— No, Agripina, no — dijo el buen príncipe, atemorizado de que la humildad le diese lo mismo que le había dado la soberbia, el disfavor de la emperatriz.

— Te devuelvo la categoría de príncipe, no reconocida en ti por nadie antes, y te coloco en las cumbres del mundo, no para que aparezcas como un juguete de los demás, sino como un copartícipe activo del poder imperial. Sumar otro nuevo Nerón á Nerón, cosa inútil. El hijo de Claudio, el predilecto de Agripina, el príncipe de la familia augusta, Británico, no debe, no, enajenar su voluntad en el compañero que le deparan mi favor y la suerte; ha de contrariarle, cuando éste no tenga razón, hasta vencerle y rendirle. Jamás le consientas palabra que tú creas errónea, ni acto que tú creas perverso. Para salvarlo de sí mismo con verdad, precisa combatirlo á él mismo con dureza.

— Se hará cuanto quieras.

— Así me gustas, resuelto á obedecerte.

— Resuelto.

Y Británico bajó la cabeza delante de Agripina, que le acarició como acariciara un tiempo á Nerón y le condujo hasta la puerta.

— ¿Qué haría resistiendo si no puedo pasar por otro punto — dijo el cuitado príncipe al verse solo.

— Mira, Vitelio — exclamó Agripina en el momento de salir Británico, — urge que también vea yo á Octavia. Llámala, llámala.

— Pero, Agripina, dispensa te aconseje no hurgues tanto á Nerón.

— ¿Aún intercedes en su favor tras lo hecho con ingratitud negra en la recepción de los embajadores armenios?

— Yo no intercedo en favor de él, intercedo en favor de ti misma. Quiero detenerte al borde obscuro de los abismos. Quiero en tus impacencias refrenarte.

— Estoy, tienes razón, impaciente por vengarme.

— Pues no te ciegues al extremo de tomar una carrera tan vertiginosa que te oculte los obstáculos y te estrelle contra el primero encontrado ante ti en el espantoso vértigo. Ese cachorro de tu hijo tiene colmillo de jabalí, quijadas y guedejas de león, uñas de tigre, saliva de víbora; y si lo excitas, puede darte un disgusto que mi amistad hacia ti con el propio interés mío me impelen á ponerte ante los ojos para que mucho medites antes de resolver algo.

— Lo tengo todo meditado.

— Me alegre y te felicito por ello.

— Como que yo casé con Octavia á Nerón muy contra la voluntad y grado de este último.

— Así es uno de los actos tuyos que nunca te ha perdonado él.

— Es fea de veras — dijo Agripina, riéndose con risa ruidosa.

— Y tonta de remate — añadió Vitelio.

— No, no.

— Sí, sí.

— Pero buena — dijo Agripina.

— Y por buena — observó el taimado Vitelio — incompatible su naturaleza con la naturaleza de tu hijo,

— Por eso quiero castigarlo.

— Paréceme habrá de conformarse con la reinstalación de Británico en medio trono antes que con la reinstalación de Octavia en medio tálamo. No la puede sufrir.

— Pues tendrá que sufrirla quiera ó no quiera.

— Lo dudo.

— ¿No se ha valido, para echarme de la gran ceremonia última, del pretexto de que soy mujer y las mujeres no asisten á esas ceremonias cesáreas? Pues ahora voy á recordarle yo á él que es marido y los maridos están siempre con sus mujeres y van en compañía de sus mujeres á todas partes. No quiere verse con Agripina, se verá con Octavia.

— Pues ya oirás como dice que mal rayo te parta.

— Diga lo que quiera. Más pronto debe llegar al Olimpo la maldición de una madre á su hijo que la maldición de un hijo á su madre.

— Veo cuanto maquinan contra Nerón, mas no veo los medios de prosperar tus maquinaciones.

— Ya los verás. No creo haber de ningún modo perdido el ascendiente sobre mi cachorro, como tú le llamas, ni aun después de lo hecho contra mí últimamente, y para postre tengo bajo llave un pomo lleno con el veneno más activo que haya condensado jamás Locusta.

— Malo se va poniendo todo esto, muy malo.

— Ve á Octavia y dile que necesita recobrar los derechos de esposa sobre su marido, pues esta inconcebible separación entre ambos los pierde á uno y otro, destruyendo á la vez el imperio.

— Yo no puedo ir con tal embajada, como tú comprendes, porque yo no estoy tan alto como tú; y de ceder á lo que mandas, enteraríase Nerón y me mandaría matar como un perro. No las tengo todas conmigo por lo tocante á ti misma; imagínate lo que creeré me pase á mí, si en cualquier evento lo contrario y despierto sus iras contra mi persona. Vamos, no viviría veinticuatro horas.

— Tienes razón. Yo hablaré con Octavia, yo en persona, y le diré cuanto debe hacer para posesionarse del ánimo de su esposo y cómo ha de hurgarle contra sus rivales hasta conseguir de veras someterle y rendirle.

— Tú puedes hacer, Agripina, cuanto por la cabeza te pase, porque, madre de Nerón, tu autoridad te sirve de segurísimo escudo contra sus iras; mas hacerme intervenir en algo á mí, paréceme tanto como condenarme á muerte.

— Que llamen á Octavia — dijo Agripina con imperio.

— La llamarán — respondió Vitelio con aire de conformidad inerte, cual si quisiese á sus propios ojos eximirse de toda culpa ó responsabilidad en su obediencia.

Y con efecto, á los pocos momentos de haber expresado Agripina el deseo, ya estaba en su presencia la cuitada é infeliz Octavia.

— ¿Qué me quieres? — preguntó á la emperatriz.

— Algo importante — le dijo Agripina

— Pues manda — repuso Octavia, sin dejar una especie de temblor epiléptico que le había sobrecogido desde la hora y punto que le dieran orden de presentarse ante su madrastra y suegra.

— ¿No te has enamorado nunca de Nerón? — le preguntó Agripina, mirándola de hito en hito como si quisiera penetrar en su alma por el conducto de su vista.

— Soy su mujer — dijo con mucha discreción y recogimiento la infeliz Octavia.

— ¡Su mujer! Bien; perfectamente. No basta, sin embargo, eso ni para enamorar ni para enamorarse.

— Quise decir con recordar los lazos que á Nerón me unen como tengo el firme propósito de cumplir para con él todos mis deberes.

— ¿Todos tus deberes?

— Cuantos la sociedad, la naturaleza, la ley, la religión me imponen.

— ¡Ah! No está mal. Vamos. Bien, bien. Sin embargo, quiero algo más preguntarte. Como estás conforme á cumplir todos tus deberes para con el joven esposo, ¿estás también conforme á reclamar todos tus derechos?

— ¡Agripina! — exclamó con acento de terror la joven ante aquella temeridad inconcebible de la tal pregunta.

— Octavia — dijo Agripina, — es necesario que no te aterres.

— Pero, Agripina, quien ha nacido en palacio de césares y en palacio de césares criádose, ¿puede sentir ningún efecto que no sea de vivo y profundo terror?

— ¡Octavia! — exclamó Agripina, cayendo por su parte y á su vez en espanto á la temeridad horrible dicha por Octavia.

— La palabra derecho no suena bien aquí en los palacios augustos; fuera de César nadie puede aquí, nadie, invocar derecho ninguno.

— En competencia con César, no. Pero como tú recuerdas tener deberes con tu Nerón, debes recordar que Nerón los tiene contigo también.

— Pues no me atrevo ni á dirigirle la palabra, ni á mirarle la cara.

— Muy mal hecho.

— ¿Qué puedo yo hacer?

— Acordarte de que tu calidad soberana de hija del emperador Claudio y tus derechos de esposa del emperador Nerón te hacen emperatriz dos veces y te invisten aquí en palacio de una dignidad que sólo cede á la del emperador mismo.

— ¡Ah! Eso es muy fácil de decir por quien ve un matrimonio desde fuera, como ves tú el nuestro, aun habiéndolo hecho por tu voluntad soberana, queriendo, como quieres ahora, por causas ó razones de ti sólo sabidas, hacerlo efectivo. Pero si, cuando no quiere uno, dos nunca entre sí riñen, cuando no quiere uno, dos entre sí nunca se aman.

— Con poco esfuerzo lo conseguirías de aquella naturaleza tan fácil de agitarse y encenderse al contacto con la promesa de un placer cualquiera.

— Tú sabes que nunca hubiera sido, nunca, osada yo á idear un matrimonio con Nerón. Aunque hija y nieta y mujer yo de emperadores, mi naturaleza propende á bajar de suyo y no á subir. Me casasteis. Yo me conformé con vuestra voluntad y me resigné á vuestro mandato. Cumplimos al enlazarnos todos los ritos de rúbrica y celebramos todas las ceremonias compañeras de una tal toma de estado. Pero ni una vez me miró, aunque debiese por mandatos de las leyes ó por observancia de los ritos convertir á mí sus ojos y dirigirme la palabra. Todas las novias desean en sus nupcias quedarse con sus novios á solas por los egoísmos sublimes del amor. Yo repugnaba este momento. Cuando llegó, perdí la vista y aun el sentido. No sabía lo que pasaba por mí. Nerón entonces me dijo, sin mirarme siquiera, como me consideraba una hermana de Británico perfecta y como aspiraba únicamente á que, reparando un poco más tales afectos, le quisiese á él como á Británico y nada más que como á Británico. Yo ni una palabra le dije. Parecía una estatua mi persona, de rígida, de fría, de inmóvil. Viéndome así, lejos de compadecerme, púsose á burlarse del matrimonio que contrajéramos y á decirme gracias burdas. «Tú sabes, exclamaba, que hay triunfadores honorarios, los cuales tienen las insignias, pero no la efectividad del triunfo. Pues nosotros dos somos casados honorarios. Llevamos el nombre, llevamos las insignias, llevamos los honores de verdaderos esposos, pero no la efectividad.»

Con efecto, me dejó en el tálamo nupcial sola y se fué de taberna en taberna, de burdel en burdel, de mancebía en mancebía por las calles á su antojo. No estaba mi alcoba cerrada todavía, ni mi cuerpo desvestido del traje de boda, cuando ya se oían las risas fragorosas que sonaban á torpe borrachera y las canciones eróticas que sonaban á licenciosos placeres. Agripina, tal ha sido el casamiento que, con asenso de Claudio, procuraste á la hija de Claudio.

— Comprendo tu desesperación y confieso mi culpa. Y así me resuelvo á calmar tus dolores haciéndote de tu esposo esposa efectiva, y á evitar mi castigo enmendando con el buen proceder de ahora el mal proceder de otros tiempos.

— Pero ¿cómo conseguirlo?

— Con mi poder de madre.

— Muy grande sobre su voluntad, Agripina, cuando le favoreces sus ambiciones ó le atizas sus apetitos, muy pequeño cuando en algo lo contrarías.

— Ya veremos.

— Lo tenemos todo visto.

— Faltánnos experiencias nuevas.

— ¿Cuál ensayarás que le rindas? Quien para tratarme, no diré con amor de marido, con aquella consideración debida por un caballero romano á una patricia joven, ¡ay! no recuerda su deuda conmigo, portadora con su dote del Imperio á su persona; quien eso no recuerda, ¿qué recordará? Así, Agripina, yo nada pido más que conservéis á Británico la vida y me conservéis á mí en el palacio de mis padres, sin querer extraerme de una soledad y abandono á los cuales heme resignado ya, para subirme á inaccesibles alturas, en cuyas cumbres acaso encontrase la deshonra y la muerte.

— Pero ¿no recuerdas, Octavia, ni tu estirpe, ni tu cargo, ni las dignidades revestidas y los oficios desempeñados por tu marido, ni la trascendencia de todo ello al poder y autoridad que habéis los dos recibido de vuestros abuelos? Tú eres como una flor que aroma todo el palacio. Al mirar hacia nosotros el pueblo, te halla junto á Nerón y te cree genio de mediación entre él mismo y su emperador. Si algún día sabe cómo te trata éste después que, por intercesión mía, Claudio casó contigo á Nerón, maldecirán todos á éste, y de las maldiciones populares á los movimientos pretorianos

¡oh! no hay más que un paso. Luego la familia imperial tiene muchos enemigos, porque las pavesas de una república, muerta ya, pero nunca olvidada, quedan como un inextinguible rescoldo de verdadero sentimiento en el corazón de Roma entera. Si por el proceder contigo se indispone con el ejército de los clientes, de los libertos, de los pretorianos imperiales, no podrá Nerón reinar en paz. Me intereso por ti como una buena madre; me intereso, no sabría mentirte, más por él que por ti; me intereso, digámoslo todo, más que por ti, más que por él, por mí misma, pues que hacedora he sido desde sus comienzos del estado en que os encontráis ambos, y quiero que seáis ante las clases romanas todas marido y mujer, como ante todo el mundo romano emperador y emperatriz. Aquí no hay responsabilidad como la mía y no quiero que haya tampoco poder como el mío. He de conseguir cuanto se me antoje. Quiero que seas esposa de Nerón, emperatriz de Roma; y lo serás.

— Yo prefiriera que me dejases, Agripina, en paz: No he cambiado de posición sino para empeorar. Matáronme á la madre que me diera el ser. Antes de cumplir cuatro lustros véome privada del amante padre. Reducida en este mundo al amor de un hermano con quien he compartido todas las penas, viendo morir á nuestros padres juntamente con innumerables deudos, víctimas de su grandeza, no quiero subir más, cuando bajaría de grado á lo profundo, con tal que allá muy abajo me dejasen con olvido completo de mi ascendencia en paz junto á los míos, asegurándome una larga vida. Pues así como te digo una cosa, te digo también otra. No me gusta nada reinar y me gusta mucho vivir. Para mí es un placer sin igual este sentir cómo laten pulso y sienes, cómo el corazón palpita, cómo entra el aire lejano dentro de nosotros mismos, cómo lucen los ojos, cómo arde la vida. Quizás porque todavía no he cumplido veinte años y la sangre se aglomera en todo mi ser, como por mayo la savia en los árboles; quizás porque, aun después de haber sufrido tanto, no me ha inspirado todavía el infortunio deseo de morir; quizás porque tantos naufragios como he corrido me han hecho asirme á la vida con desesperación, es lo cierto que yo ante todo y sobre todo quiero vivir en este mundo, y por vivir no sé, Agripina, ¡oh! no sé cuánto haría.

— Vivirás, con tal que sigas mis consejos. Mi amor de madre

no se concreta y restringe sólo á Nerón; extiéndese hasta Británico y hasta ti misma, que al cabo sois hijos de mi esposo, y hermano Británico y esposa tú de Nerón.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! — decía por modo indeliberado é inconsciente Octavia, oyendo con escalofríos las promesas de Agripina, pero sin atreverse á una sola palabra más por el invencible miedo suyo á la muerte.

— Vivirás y vivirás feliz, con tal que te levantes á las alturas de tu posición, te acuerdes del deber que te impone tu dignidad y tomes, así en el trono cual en el tálamo de Nerón, la parte que corresponde á tu derecho.

— ¿Y cómo se hace todo eso?

— Con un poco de verdadero esfuerzo por tu parte y un mucho de verdadero auxilio por mi parte á ti. Vivirás, y vivirás feliz.

— ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Vivir! ¡Cuán difícil cosa en estos altos palacios desnudos de vida y cubiertos de hielo como en el mundo las vertiginosas alturas!

— ¡No has de vivir si quieres!

— ¡Ay, Agripina!

Y la pobre Octavia movía de una manera maquina su cabeza con movimientos negativos.

— No lo dudes — le decía por su parte Agripina.

— ¡Cuántas veces desde mi litera he visto á la mísera mujer del pueblo segura de su existencia, segura de su hogar, segura de su familia, segura de su honra; mientras nosotros, porque se halla entroncado este palacio con el Olimpo y porque nacíamos hijos de gentes á quienes se les asegura, no ya la inmortalidad verdadera del nombre y del alma, la naturaleza divina en sí, no vivimos, no podemos asegurar que mañana seamos de este mundo; tenemos que dormir con zozobra y que levantarnos con extrañeza de haber arrancado un día más á la muerte que nos amenaza de continuo, y cuando alguien á las puertas llama, nos imaginamos ver el esbirro que nos ha delatado con cualquier calumnia, seguido del verdugo que debe descabezar nuestro cuerpo y del sayón que debe sepultarlo!

— Octavia, no pienses eso.

— ¿Cómo que no piense eso? Pues, de haber nacido en las últi-

mas centurias populares, yo tendría madre, yo tendría la seguridad completa de que sólo por muerte natural mi Británico se separaba de mi lado; yo poseería un marido fiel y amante; pero nada debo esperar aquí donde vivimos bajo el mismo techo con la envenenadora Locusta y proyectamos dondequiera que nos volvemos una sombra de muerte.

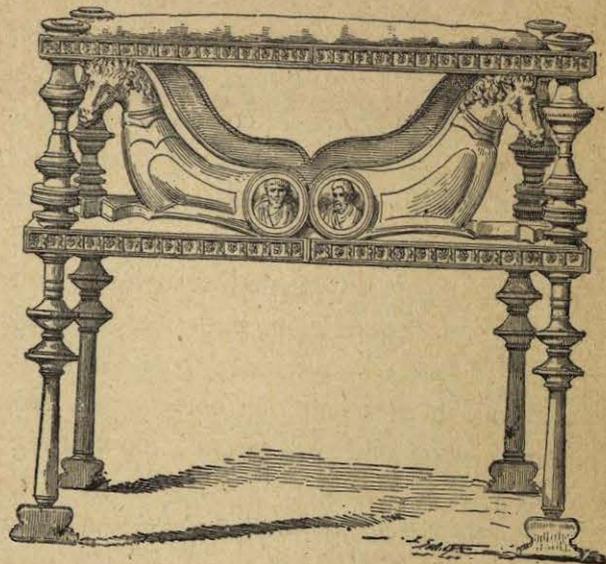
— Pues todo eso puede remediarse con que tú resuelvas apoderarte del dominio que te corresponde sobre tu esposo.

— Bien quisiera; mas no veo el camino conducente á tan deseado logro.

— Tu marido está prendado, como ya sabes, de una extranjera, de una triste asiática, de una esclava, y en el desvarío suyo quiere hacerla, no

sólo su mujer legítima, sino sacerdotisa de nuestros dioses y emperatriz de nuestro Imperio.

— No creo que se atreva nunca jamás á eso por temor, y únicamente por temor, al pueblo y al ejército y al Senado. En mis angustias mayores he visto siempre que la familia cesárea, y en la familia cesárea sus menores príncipes, gozan de un gran favor en el pueblo, incapaz de olvidar cuanto por él han hecho los divinos abuelos César y Augusto. Nuestros enemigos, Agripina, están en las clases mismas á que nosotros pertenecemos, en la clase patricia. Los nobles no perdonarán á la dinastía Julia que les haya quitado la República, donde se pavoneaban ellos, y haya extendido la colina del Palatino en su poder absoluto hasta el foro, velando la tribuna de los Rostros, donde hablaban ellos, y haya convertido el Senado, en la cámara, desde cuyas sedes curules go-



Silla curul